

El catálogo como espacio de poder curatorial

Natalia Silberleib

Introducción

Los catálogos de arte no son listados de obras dispuestas en un orden ni simples libros de imágenes.

Los hay de todos tamaños, en todas las lenguas, sujeto de traducciones, textuales y conceptuales. Pueden constituirse en series, de las más generales a las más particulares, de los más extensos a los más específicos, evidencia de la política editorial/curatorial, que guía y realza aquello que con más ahínco quiere señalar. Hay guías rápidas que proponen recorridos breves. Estas guías mueren y nacen dentro de los museos, son pensadas como un servicio más dentro del gran servicio museístico, se convierten en el souvenir de la visita.

En cambio están los otros, los catálogos monográficos, reflejos de muestras que a veces amplifican y otras recortan. Suelen ser el resultado de los equipos de investigación dirigidos por el curador de la muestra, suelen ser exhaustivos, grandes y pesados. Superan las fronteras del museo y se venden también en librerías, entonces se llaman "libro" y forman parte de un dispositivo más amplio dentro del diseño de las industrias culturales.

Este trabajo intenta hacer algunas conceptualizaciones sobre el catálogo de arte, su circulación y ahondar en las características que lo definen como un espacio de excelencia para el curador.

Para ello se trabajará sobre el catálogo como objeto editorial y como "espacio expositivo" diferente al de la muestra que representa. También se profundizará sobre el papel del curador y su participación en su gestación y producción.

“cuál sería el análogo pictórico de las comillas?”¹

Los discursos están hechos de palabras, pero también de silencios. Nos debatimos entre comprender, sentir, experimentar, saber, poseer y acabamos prisioneros de esas mismas acciones.

Vivimos en esa doble dimensión espacio-tiempo; imposibles de separar, condiciones de todo objeto. Estas dimensiones nos atraviesan y nos delatan. Hay objetos que parecen tener límites. Son límites formales que sirven para engañarnos y hacernos creer que tiempo y espacio son finitos, medibles, dominables.

Por eso, todo lo que digamos será también la construcción de una idea que nos provoca una afirmación:

el catálogo es un espacio de poder curatorial

catálogo

Dice la Diccionario de la Real Academia Española que “un catálogo es una relación ordenada en la que se incluyen o describen de forma individual libros, documentos, personas, objetos que están relacionados entre sí. Hoy por hoy tiene un sentido extendido.”

Catálogos, libros, impresos, obras, modos de convocar a un discurso inciso, durable, impronta inevitable. Un libro es soporte y es contenido, es la extensión de algo que aconteció en otro lugar pero es también la prueba de nuestro presente, de nuestro lugar, que en realidad es el suyo. Un libro tiene letras, tiene números para indicar su propia geografía y tiene imágenes, que a veces se miran y otras se leen.

Un libro detiene el tiempo a la vez que lo delata, un libro se puede llamar de mil formas, por el uso que se le dé o por el uso para el que nació. Hay un libro que se llama catálogo, un libro con marco y obra, un libro con artista y autor,

¹ Nelson Goodman

un libro que disputa su propio espacio, que lo redefine en otro tiempo, en otra dimensión.

Hay libros que nacen cuando son escritos y otros que nacen cuando son leídos. Si es así, el catálogo tiene nacimientos múltiples, laberínticos. Es la suma de las obras de alguien que a su vez otro recopiló, que luego alguien interpretó y que más tarde alguien miró, con esa manera diferente de mirar que un catálogo provoca. El provocador reúne obras que, como en un juego de cajas chinas, tiene obras con marcos que a su vez son enmarcadas en los cortes del libro que es el catálogo que a su vez es una obra.

Las obras que la obra contiene tienen un título que las completa, como un título sostiene y nombra al soporte que es. Un catálogo es el tiempo y el espacio diferente de una muestra. Una muestra es en el hoy, un catálogo es en el (casi) siempre. Pero no es su traducción.

Un catálogo es un producto nuevo, diferente, atrapado en el soporte del libro, ligado al espacio-tiempo de la exposición. Un catálogo tiene sus propias reglas, desafía las de las salas, las de los paneles y las de las luces, los pasillos y los guardias para convertirse en una sucesión de páginas, con sus propios custodios, hechos de tapas, provoca el acto único de leerlo y recorrerlo. Es también un espacio lineal, hecho de índices y páginas numeradas, poblado de infinidad de puntos que hacen a las imágenes existir, esas imágenes que para las verdaderas son prácticamente ficción, representación dudosa de lo que quisieron ser.

Un catálogo es un libro de obras, pero sabemos que es en realidad un libro de fotos, que nos muestran una, alguna obra, porque no pueden mostrarnos "la" obra. Paradoja de su esencia un catálogo es una suma de no "éseres" y sin embargo, sanciona, legitima.

Existe una relación estrecha entre los catálogos y las muestras que representan. Podríamos argumentar que el catálogo es un paratexto de una muestra entendiendo por paratexto, como dice Genette, aquello por lo cual un texto se hace libro (...) Zona indecisa ente el adentro y el afuera, sin un límite riguroso ni hacia el interior (el texto) ni hacia el exterior (el discurso del

mundo sobre el texto)...“Podemos decir también que una muestra es el epitexto del catálogo que según Genette “es todo elemento paratextual que no se encuentra materialmente anexado al texto en el mismo volumen, sino que circula en cierto modo al aire libre, en un espacio físico y virtual socialmente ilimitado. El lugar del epitexto es por lo tanto “cualquier lugar fuera del libro”.

Cabe preguntarse también si el catálogo de arte es un género editorial y en ese caso, si es un género editorial menor.

Espacio

“el espacio es un lugar practicado” ... “los relatos son recorridos de espacios”²
El catálogo es un espacio expositivo, por lo tanto, practicado, escenario de esos recorridos de espacios.

La profundidad, el volumen, se reproducen en el catálogo por medio de las representaciones, de la narración. El catálogo narra el espacio pero lo hace en otra dimensión, su profundidad es simulada. Ocupa su propio espacio por su tamaño, su peso, su grosor. Sus páginas son la morada de textos, discursos, narraciones particulares, a su espacio.

El catálogo se descompone en muchas posibilidades espaciales: resume, expande, delimita, selecciona, traduce y aumenta su poder de ocupación. Traspasa las fronteras y cobra temporalidad cuando se separa completamente del espacio que reproduce y representa. Y los lectores (o poseedores de ellos?) eligen su propio espacio a partir del espacio editorial catalogal. No será lo mismo pararse de frente a la obra, recorrer el espacio expositivo que levantar las tapas del libro, inclinar la cabeza, mover las manos para descubrir nuevas obras y otra clase de linealidad.

El espacio de un catálogo construye un mundo como diría Goodman y los procesos de ordenación que en el se representan son parte de esa construcción que puede o no coincidir con el de la muestra.

² Michel de Certeau

El espacio de un catálogo participa de una arquitectura ideal, desmontable. ¿Acaso los catálogos son un nuevo espacio para la comprensión y perdurabilidad del arte?

Y las fronteras entre muestra y catálogo: ¿qué marcan y qué delimitan? Las fronteras están en los bordes del espacio o tal vez quedan perdidas en el espacio mismo. Intentan diferenciar, dejar de un lado lo que no puede estar del otro. ¿Puede haber fronteras entre una exhibición y su catálogo? Si existen: ¿marcan la línea entre dos productos diferentes? ¿les recuerda acaso que aunque parecidos, aunque afiliados a un origen similar, nunca podrán ser iguales? ¿dividen para salvar?

Poder

Poder como facultad que alguien tiene para mandar o ejecutar una acción; acto en que consta la facultad que uno da a otro para que en lugar suyo y representándole pueda ejecutar una cosa, poder como posesión de una cosa, poder: fuerza, capacidad, posibilidad, poder hacer una cosa.

Poder de un discurso nuevo contra un discurso establecido; poder amparado entre las columnas oficiales contra un poder atrincherado.

Poder y deseo de romper una teoría para reemplazarla por otra. Poder de animarse a cambiar lo escrito porque se sabe que la historia es también reescritura.

La acción del verbo no es la misma para el espectador que para el lector: el espectador camina rápido, despacio, en círculo, sigue las flechas, no sigue las flechas, mira, lee, examina, se acerca, se aleja, pasa, repasa, desea comprar, desea poseer. El lector: mira, el conjunto, cada obra, lee transversalmente, lee intensivamente, relee, hojea, saltea, abre, cierra, toma, apoya, marca, escribe, compra, presta, posee. Afirmamos luego que el catálogo es (también) un espacio de poder del lector.

El catálogo es diferente de una suma de representaciones. Es una construcción, es una versión, una muestra de la muestra, porque el catálogo

conserva sólo algunas de las propiedades de aquella y por ello mismo construye su propio mundo, tanto versiona la muestra que la convierte en posesión individual y a los objetos únicos los despoja de su unicidad.

En el mundo de la edición la relación es: autor-editor-editorial; en el mundo del museo la relación es artista-curador-institución. Dependerán de quién asuma el poder, las relaciones que se establezcan en este triángulo. Se trata de la "toma" de un espacio y por ello se entabla la "lucha".

En este sentido, Pastor Mellado dice que "la presentación catalogal adquirió relevancia como un soporte sustituto y temporal de un tipo de trabajo de historia de nuevo tipo, que comenzaron a poner en crisis las narrativas históricas existentes, así como a exigir plataformas narrativas que abordaran como problema de historia, las propias cuestiones que configuraban la inscriptividad de las obras (inscripción en soportes de reproducción concretas)

curator(ial)

El curador toma y resignifica ese espacio-tiempo que es el catálogo; el curador se ubica, toma posesión de ese espacio, en su propio juego.

Tal vez, el trabajo del curador se parezca a aquello que Michel Tournier escribió: "existir ¿qué quiere decir eso?. Eso quiere decir estar afuera, *sistere ex*. Lo que está en el exterior existe. Lo que está en el interior no existe. Mis ideas, mis imágenes, mis sueños no existen..... yo mismo no existo más que evadiéndome de mi mismo hacia los otros. Lo que lo complica todo es que lo que no existe se empeña en hacer creer lo contrario. (...). Es como una fuerza centrífuga que impulsaría hacia el exterior todo lo que agita adentro de mí: imágenes, ensoñaciones, proyectos, fantasmas, deseos, obsesiones. Lo que no existe, in-siste. Insiste para existir (...)"³

Los elementos confluyen, la muestra se rearma, el *curator* inscribe, da forma a aquello que ya tenía forma en el espacio expositivo; moldea este espacio-soporte para persistir, insiste, inscribe. Recordando las palabras de

³ Michel Tournier

Tournier, existe en el catálogo porque insiste en el catálogo. Traza caminos supuestamente lineales de lo que antes fue sinuoso. Habita los lomos, los márgenes y los folios para dejar de morar en salones y pasillos. Se refugia para atacar desde este espacio – tiempo con su propia narración; sabe que posee la facultad de ejecutar un discurso y el deseo y la intención de hacerlo.

El curador es un editor que cura y el editor un curador que edita. Pero antes, el curador es también un autor que narra, que trabaja sobre la *eventualidad* del discurso. El curador es un personaje que se inventa a sí mismo, habita este tiempo actual, reciente, de un nuevo mundo ancho. Transita entre las esferas virtuales y reales, locales y globales, públicas y privadas. Es un “internauta” de los espacios que vincula voluntades.

Acordamos con Becker cuando dice que “en un mundo multicultural, un mundo de epistemologías múltiples, es necesario un nuevo filólogo, un especialista en relaciones contextuales, en todas las áreas del conocimiento donde la construcción de textos sea una actividad central...”⁴

(...)

El lugar no es el espacio y el espacio se resignifica cuando practicado. Nos queda pues conjeturar que toda práctica de escritura curatorial es una construcción, que como tal narra una historia, la que eligió su narrador, y que construye una versión de aquello narrable.

Si la cultura es un texto, la tarea del curador es concebirlo, construirlo, iluminarlo y apoderarse de él, entregarlo para que sea en los demás.

⁴ Becker en Clifford Geertz

Bibliografía consultada

Barthes Roland, *El placer del texto*, Siglo XXI editores

Danto, Arthur, *Historia y narración*, Barcelona, Paidós; 1989

De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana Biblioteca Francisco Javier Clavijero, México, 2000.

Derrida, Jacques, "Leer lo ilegible". Entrevista con Carmen González Marín, *Revista de Occidente*, 62-63, 1986, pp 160-182.

Geertz Clifford, *Conocimiento local*, Paidós

Goodman Nelson, *Maneras de hacer mundos*, Madrid, Visor, 1990

De la mente y otras materias, Madrid, Visor, 1995

Tournier, Michel, *Viernes o los limbos del Pacífico*, México, Alfaguara, 1992

Van Dijk, Teun A., *Estructuras y funciones del discurso*, México, Siglo XXI editores, 1995